

LETRAS POLÍTICAS

La crisis del PRI

¿Por qué está en crisis el PRI? ¿Por qué perdió el poder o por qué perdió el centro de su gravitación, la Presidencia de la República? La respuesta es clara. El PRI está en crisis porque perdió el centro de su gravitación. Es por eso que la alternancia lo tiene al borde del colapso. La comparación con otras experiencias y países es ilustrativa. Las sucesivas derrotas de los demócratas en los Estados Unidos nunca han tenido mayores consecuencias. En España, el PSOE perdió el poder, después de casi catorce años, y entró en un proceso de renovación. Sin embargo, esos partidos tienen en común el hecho de funcionar como verdaderas organizaciones políticas autónomas. Pero ese no es el caso del PRI. Su simbiosis con el Estado y su supeditación a la Presidencia era total. El presidente en turno no sólo era el principal factor de cohesión (la famosa “cultura de la línea”), sino que además le imprimía rumbo y orientación política e ideológica. Cada sexenio, como verdadero camaleón, el PRI adoptaba un color diferente.

La derrota del 2 de julio y la entrega del poder el 1 de diciembre crearon un verdadero vacío de poder. Ahora ya no hay un centro, sino varios. Los gobernadores constituyen un factor real de poder, pero están divididos y no han logrado formar un bloque cohesionado. Los líderes de las fracciones parlamentarias son otro factor importante, pero su situación es más precaria: corren el riesgo de que los diputados y los senadores se insubordinen; su problema mayor es conservar la disciplina y la unidad. Los líderes de los sectores corporativos y los sindicatos tienen una presencia formal, pero no real. Han perdido peso a lo largo del tiempo y los millones de presuntos votos y afiliados que controlan están sólo en el papel. Están también los ex presidentes, pero de todos ellos sólo Echeverría y De la Madrid conservan ascendencia sobre algunos grupos. Finalmente, Francisco Labastida, lejos de fungir y aparecer como un factor de unidad, es el símbolo de la derrota y la caída. No hay, por lo demás, personalidades que puedan ejercer un liderazgo y promover una reforma profunda.

El panorama es, pues, extremadamente complicado. El único que ha intentado construir una imagen propia y ejercer un liderazgo es Roberto Madrazo. Pero la oposición que enfrenta entre la mayoría de los gobernadores y entre diversas corrientes es muy fuerte. Su eventual llegada a la presidencia nacional del PRI provocaría un rompimiento. Pero, además, su única posibilidad de alcanzar la dirección nacional estaría en una elección abierta a todos los militantes. Sin embargo, sus tropiezos lo han debilitado. En los próximos meses su preocupación fundamental será preservar la unidad y la cohesión de su corriente en Tabasco. Es muy improbable, por no decir imposible, que en esta nueva circunstancia cuente con la fuer-

za suficiente para doblegar a sus contrincantes. En suma, la única salida viable para los priistas está en la conformación de un bloque de gobernadores y de corrientes políticas que pueda convertirse en un factor de cohesión y de autoridad. Si no alcanzan ese acuerdo en un plazo breve, el PRI podría entrar en un proceso de fragmentación y dispersión.

El otro problema de fondo tiene que ver con la ideología y el perfil que adoptarán los priistas. Para los más rudimentarios, el problema se puede resolver regresando a los principios fundamentales de la Revolución, que habrían sido abandonados y traicionados por las camarillas neoliberales. Desde De la Madrid hasta Zedillo se habrían instrumentado una serie de políticas contrarias a los intereses de la mayoría de la población y al mandato constitucional. Se trataría de recorrer el mismo camino que hace catorce años tomaron Muñoz Ledo y Cárdenas. Para los más avezados, la cuestión no se resuelve regresando a los orígenes, sino estableciendo una diferencia entre los fines (soberanía, justicia social, libertad) y los medios (reparto agrario, sindicalismo, nacionalismo) que se adoptaron para alcanzarlos. Con el paso del tiempo los medios habrían perdido vigencia, pero los valores seguirían siendo legítimos. Esta es una forma más sofisticada, e inteligente, de rescatar los principios esenciales de la Revolución.

El problema está en que el paso del tiempo y las transformaciones mundiales obligan a efectuar una revisión más profunda y radical de los valores tradicionales. Basta con que se reflexione, por ejemplo, en el concepto de soberanía. ¿Sigue siendo válida la misma idea que imperaba a principio de siglo? ¿No demuestra la experiencia europea que los Estados nacionales ceden soberanía para enfrentar el fenómeno de la globalización? ¿Y qué decir del TLC? ¿Es un acuerdo estrictamente comercial o se convertirá paulatinamente en una zona económica y política similar a la UE? Estas son algunas de las reflexiones que deben hacerse los priistas para diseñar un programa de gobierno que vea más allá de unos cuantos años. Los partidos socialdemócratas, pero también los de derecha, están reflexionando sobre estas cuestiones. Por eso se puede afirmar que la reforma ideológica que el PRI demanda no se puede reducir al rescate de los valores y los principios “esenciales” de la Revolución. México y el mundo del año 2001 están a años luz del Constituyente de 1917. Y a medida que las tendencias y los procesos de globalización avancen, la distancia será mayor. No basta, pues, con mirar hacia el pasado y regresar a los orígenes. Lo que la situación actual exige es mirar hacia el futuro para plantearse nuevas preguntas y respuestas. Se trata de algo más serio y profundo que la mera adecuación de los medios a los valores que nacieron en 1910. —